

CAPÍTULO SEIS

# **CONCLUSIÓN**

UN NUEVO ACUERDO  
PARA UN NUEVO SIGLO

## UN NUEVO ACUERDO PARA UN NUEVO SIGLO

---

Este libro propone un futuro de mujeres y hombres de comunidades de todo el mundo que gozan de educación y buena salud; que poseen derechos, dignidad y voz; y que son capaces de determinar su propio destino. Los Estados eficaces y responsables, junto con una economía dinámica, hacen avanzar a los países y garantizan una distribución justa de bienes, oportunidades y poder. Un sistema democrático de Gobierno global gestiona las inevitables tensiones y los choques entre países, e intenta preparar a la sociedad para lo que, cada vez más claramente, parece ser una tormenta medioambiental inminente.

La alternativa –un mundo con disparidades cada vez mayores entre «los que tienen» (riqueza, tecnología, agua, tierra, carbono) y «los que no tienen», un mundo dual de incluidos y marginados– augura el innecesario sufrimiento de continentes, naciones y grupos excluidos en países de por sí ricos. Este reverso de la utopía es al mismo tiempo inestable y contraproducente, puesto que los «de arriba» (*uppers*, en terminología de Robert Chambers) deberán dedicar gran parte de su tiempo a procurar librarse de los «de abajo» (*lowers*), que acudirán en masa a clamar a las puertas de los privilegiados.

¿Cómo hemos llegado a esta encrucijada histórica? El siglo XX fue un drama sobrecogedor que conoció un derramamiento de sangre jamás visto, pero también un avance extraordinario en la descolo-

nización, el crecimiento económico, la emancipación de la mujer y la innovación tecnológica. Sin embargo, mirando atrás se puede ver que dejó pasar una inmejorable oportunidad de aprovechar los avances tecnológicos y materiales para poner fin a la pobreza y fomentar un nuevo acuerdo que relegaría la miseria a los libros de historia.

No es demasiado tarde para lograrlo, pero las limitaciones medioambientales que impone el cambio climático y los recursos naturales escasos hacen que el empeño sea, si cabe, más urgente. Los métodos antiguos (democracia de baja intensidad, la economía de goteo, el crecimiento sucio y un Gobierno global inepto) han demostrado ser ineficientes. Las iniciativas que se emprendan deben basarse en el reconocimiento del papel fundamental de los ciudadanos activos y los Estados eficaces. Sólo de ese modo se podrán implementar las estructuras sociales y políticas necesarias para que el desarrollo vaya en beneficio de las personas y las comunidades más pobres.

También hacen falta nuevos métodos y nuevas herramientas analíticas. En su intento por reformar el crecimiento en un mundo que limita cada vez más las emisiones de carbono, la economía debe cambiar su marco de referencia para que los legisladores puedan ver todas las consecuencias sociales, políticas y medioambientales de sus decisiones, si queremos que las economías del mundo cambien el crecimiento sucio e ineficaz (en cuanto a lucha contra la pobreza) por un crecimiento que redistribuya la riqueza entre la población pobre. La idea de seguridad debe redirigirse hacia la «seguridad humana»: una combinación de acceso al poder y protección que incida sobre las numerosas vulnerabilidades que afligen de manera especial a las personas y comunidades pobres. La «seguridad» ya no debe significar hombres armados, comunidades cercadas y guerra interminable.

El impulso para poner fin a la pobreza y afrontar la desigualdad y el sufrimiento se producirá en un mundo multipolar y cada vez más globalizado. En contra de las predicciones de los globo-optimistas, los Estados nación no se desdibujarán, pero sus acciones estarán cada vez más influidas (para bien o para mal) por realidades y normas globales. Los Gobiernos de países ricos y sus ciudadanos, del sur y del norte, deben construir un sistema mundial de Gobierno que garantice que los países y las empresas más poderosos «dejen de

hacer daño» y que fomente los esfuerzos de desarrollo de cada país gracias a una combinación de Estados eficaces y ciudadanos activos: hombres y mujeres que viven en la pobreza, la exclusión y la inseguridad, pero luchan por un mundo mejor. Ellos son los pilotos en la carrera del desarrollo, pero los países ricos y sus ciudadanos pueden ayudarles despejando el camino de obstáculos y fomentando la lucha por el desarrollo.

Es difícil imaginar una causa que merezca más la pena. La lucha contra las lacras de la pobreza, la desigualdad y la amenaza de colapso medioambiental definirá al siglo XXI, como la lucha contra la esclavitud o por el sufragio universal definieron siglos pasados. Si fracasamos, las generaciones futuras no nos perdonarán. Si lo conseguimos, se preguntarán cómo pudo el mundo tolerar tanta injusticia y sufrimiento innecesarios por tanto tiempo.